

de Job) un varón en tierra de Hus, que era de gentiles, y él era bueno y sencillo. » Parece que lo cuenta como por milagro, que entre malos fuese bueno. Y el santo Lot es tan alabado porque, con ser tales los de Sodoma y viviendo entre ellos, él fuese justo. Mas claro lo dice la Escritura en el capítulo 26 de los Números; y es que, contando cómo Coré y muchos con él fueron tragados de la tierra porque se rebelaron contra Moisés y Aaron, dice: Hizo Dios un milagro en aquel día, que pereciendo Coré, no murieron sus hijos, y es porque no estaban envueltos en los pecados de su padre. Y cuéntalo por milagro, que siendo malos los padres y viviendo con ellos, sus hijos fuesen buenos y no les hubiesen pegado los ruines siniestros de sus padres. Pues por esto pone el sagrado evangelista que era la Madalena pecadora y en la ciudad.

## §. XIV.

Pero, Señor, ¿qué quiere decir, que ya que haceis tal merced á esta mujer, quereis que sea tan á costa suya? Bien vendeis vuestra mercadería. Y ya que en un banquete la perdonastes, ¿por qué quisistes que os pagase tan caro el escote, que á trueque desto quereis que cada año por esos púlpitos se publiquen sus pecados á voz de pregonero, y que vuestro evangelista le escriba el proceso de su ruin vida, y lo deje firmado de su nombre? Cierito, si tomásemos el voto de muchos, que dijese que es caro perdon. ¿Hay aquí quien, si le dijese que le perdonarian sus pecados si desde un púlpito los apregonase todos delante de la gente que hay en un mediano auditorio, que no le pareciese caro perdon? Hora mirad, señores; los siervos de Dios muy de otra arte sienten de la honra que los del mundo; porque á trueque de que el Señor sea honrado, huelgan que todos sepan que fueron unos grandes pecadores. ¿Qué mas honra puede ser para el médico, que el enfermo, después de ya sano, publique sus enfermedades, las cuales mientras mas y mas mortales fueron, mas gloria es para el médico que le dió sano? San Pablo, escribiendo á su discípulo Timoteo, le dice: *Gratias ago ei, qui me confortavit, Christo Jesu, quia fidelem me existimavit, ponens in ministerio; qui prius blasphemus fui, et persecutor, et contumeliosus*; Gracias muchas doy (dice el Apóstol) á mi Señor Jesucristo, que me esperó, y le pareció que sería fiel y de algun provecho si me empleaba en su servicio, con ser antes un blasfemo de su nombre, perseguidor de su Iglesia, injuriador de sus santos. No dice esto san Pablo por jactarse de sus pecados, mas por engrandecer la cura que el Médico celestial hizo en él, haciéndole de lobo oveja, de perseguidor predicador, de tirano apóstol. Así el santo rey David, en quien y en cuya doctrina quiso Dios que nada faltase para nuestro provecho, en el salmo de la penitencia, rogando con mil réquiebros á Dios que le perdonase su pecado, le dice: «Haced misericordia de mí, Dios mio; y pues mi pecado es grande, séalo también vuestra clemencia. Y si me decis, Señor, que ya otras veces me habeis alimpiado, y que hasta lo sufrido, lavadme, Se-

ñor, aun otra vez, y alimpiad esta nueva mancha de mi pecado; y si me notais de importuno, no es maravilla que lo sea, pues conozco mi maldad y traigo siempre mi pecado delante de los ojos. A ti solo pequé (oh gran Señor), y lo que mas me lastima es, que no me espantó tu presencia; pequé contra tí, porque á ti solo toca castigar los pecados.» Y si Adán pecó y escondió su pecado y lo castigaste, yo le descubro, que mal se cura la llaga cuando del médico se esconde. Perdóname, Médico del cielo, porque quedas por justo; y de tu palabra dijiste en el Deuteronomio á tu pueblo: «Si cuando pecares, arrepentido hicieres penitencia y te volvieres á mí, yo, que soy misericordioso, te perdonaré.» Pues mira, Dios mio, que muchos han oido los grandes bienes que me has prometido; y si agora veis que me desechas de tus ojos, no sabiendo la causa, se quejarán de tu justicia. Pues haz, Señor, que cumpliendo tu palabra en perdonar á mí, que te llamo, salgas verdadero y vencedor cuando los hombres quisieren juzgar tus consejos; y si no basta, buen Dios, para que me perdones, conocer yo mi pecado y ser tú tenido por fiel en tus promesas, baste ver mi flaqueza y el ruin metal de que soy hecho; bien lo saben tus manos, pues ellas me amasaron de barro y flaca tierra, compusieron mis huesos y mis nervios, saben que el barro no es metal de muchas pruebas; pues ¿qué mucho que se quiebre y salte al fuego de la tentación? Mamé mis defectos en la leche; con pecados me concibió mi madre, con ellos me engendró mi padre, y en ellos nació yo. Y pues ves, Señor, que soy lodo, compadécete de tu hechura y halle lugar en tu misericordia el que conoce su miseria. No te maravilles, gran Señor, que peque quien nació con el pecado; y si me dices, Dios y señor de mi alma, que los ángeles pecaron y no los perdonaste, es verdad; pero no se visten de tierra ni están tapiados ni emparedados en barro, como el miserable del hombre. No te alego, Señor, mi flaqueza por excusar mi malicia; mas solo muestro la razon que puedes tener de perdonarme. Finalmente, después de haberle dicho grandes ternuras para moverle á perdonarle, le dice: *Docebo iniquos vias tuas; et impii ad te convertentur*; Señor y Redentor, si me perdonais, si me sanais desta tan grave dolencia, oh Médico del cielo, «yo mostraré á otros dolientes el camino de vuestra santa casa, y todos los enfermos acudirán á vos. «De manera que diré al mundo cuán al cabo estuve, y vos me sanaste, y os tendrán por el mas famoso médico de la tierra; hé aquí para qué cuentan los santos sus pecados y defectos. Aquel venturoso ciego que cuenta san Juan, habiéndole sanado el Señor, con haber bandos y cisma entre los judíos, unos decian: ¿Es él? No es él, mas parecele; otros: Él es, que bien le conocemos; sale él y dice: «Yo soy, yo soy, y Jesús me sanó;» y á todos contaba su enfermedad. Si á la Madalena le preguntasen en el cielo, si le pesa que sus pecados se publiquen en las iglesias cada año, diría que no, pues saca Cristo gloria de su conversión. No piense nadie que los pecados que los santos cometieron en la vida, los afean; porque

acaece que la otra dama que salió con una ropa galana, y al atravesar por un cancel se dió un desgarron, y viendo su ropa rota, échale unos vivos de otro color y hace labor de lo roto y queda mucho mas hermosa. Así es en las faltas de los santos, que echaron unos vivos de penitencia en las ropas de sus vidas, con que quedaron mucho mas hermosos; y no solo no los afean, mas aun muchos que antes de la caída servian á Dios tibia y flojamente, después de haberse conocido y corrido de sus culpas, y haciendo penitencia, se levantan con tanto hervor de amor de Dios, que dejan atrás á los que antes iban primeros; porque, como dicen los teólogos, algunas veces el pecador se levanta á mayor gracia que la que tenia antes que cayese; porque, así como nunca un elemento se fortifica tanto como cuando topa con su contrario, que entonces para resistirle se une y ayunta toda su virtud y fuerza, porque desea rendir y vencer á su enemigo; así ni mas ni menos suele suceder en algunos corazones generosos y escogidos y santos, que mientras no caen en las manos del pecado no muestran aquellos hervores y deseos encendidos de la caridad que vemos en otros particulares; mas cuando topan con el pecado y se ven caidos y derrocados á los pies de sus enemigos, sintiendo la gracia divina que los llama, sin la cual no puede un hombre, después de caido, levantarse, cóncenla y danle entrada en el alma; y con ella y con su libre albedrío y con una generosa fuerza, ayuntando y recogiendo toda su virtud, expelen el pecado y todos los rastros dél, y quedan con doblado espíritu, y viven con mas cautela y recato, y audan mas sobre sí, por no verse otra vez rendidos; y aunque les quedan las señales de las heridas, estánles entonces muy bien; como al soldado que peleando en la batalla cayó, y herido y corrido se levanta y mata á su enemigo, después le veréis preciarse en las plazas de que tiene medio cortada la pierna y una lanzada por el muslo; no se jacta de las heridas, sino de que parándole tal su contrario, con todo eso, pudo mas que él, y le venció y mató; así los santos cuentan en el cielo las victorias que ganaron del demonio, y cómo, aunque heridos y derramando sangre, al fin se levantaron y vencieron. Yo (dirá la Madalena en el cielo) me vi derrocada y vencida, porque las habia con el espíritu inundo que preside á la torpeza y vicios sensuales. Teníame tan ahogada y tan medrosa y sin fuerzas, que siempre que queria me heria en descubierta y á su salvo; mas como llegó á mí el aliento y soplo de la divina gracia de mi capitan Jesucristo, cobré fuerza y coraje, y levantéme y coceéle muy bien; de suerte que jamás se volvió á descomedir conmigo. Así, tambien cuenta san Pedro su negacion y san Pablo la persecucion que levantó contra la santa Iglesia en sus principios. Por esto pues cuenta el glorioso evangelista los pecados de la Madalena, y por esto se cuentan las caídas de los otros santos.

Tambien quiere Dios que se publiquen para nuestra confianza, y que nos sirvan de ejemplo, que no desconfiemos de alcanzar perdon, pues vemos grandes pecado-

E.XVI-1.

res perdonados; y de allí nos nace una santa osadía para presentarnos delante de Dios y pedille perdon de nuestros pecados. Por esto me ponen á un Aaron, gran pontífice, caido y levantado, para que si el Papa pecó, no piense que ya todo es acabado, y que no hay remedio para él, pues le hubo para Aaron. Leo un David adúltero y homicida, pero perdonado y puesto en cabecera de linaje de Dios, porque no diga el rey en pecando que ya se cerró la puerta para pecados de reyes; y á un Zaqueo, para espuela del mercader, á un san Mateo para el escribano, y á una Madalena para las rameras y mujeres erradas; y finalmente, pocos estados hay en la república, de quien no haya ejemplos de pecadores perdonados en la Escritura, y esto para nuestra informacion y ejemplo. Así lo decia el Apóstol, y para esto decia que se escribían estas cosas. «Todo lo que está escrito (dice san Pablo), sabed que se escribió para nuestra doctrina, para que con la paciencia y consolacion de las escrituras tengamos esperanza.» Hé aquí por qué quiere Dios que los pecados de la Madalena se prediquen y apregonen cada año por los púlpitos, y no por afrentalla; y para esto quiere que los escriba su historiador, porque con esto la hace mas famosa en el mundo, y cumple la palabra que le dio allá, cenando en casa de Simon leproso, cuando murmurando los discípulos porque María habia unguido al Señor con aquel unguento extremado, y porque no se habia vendido, dándolo por mal gastado, díjoles el Redentor que no le fuesen molestos, que él haria que su nombre y hechos se celebrasen por todo el mundo. Y es así, que cuanto mas se predicen los pecados, penitencia y obras y amor admirable, y la remision de las culpas de la Madalena, tanto mas famosa y celebrada y engrandecida queda.

## PARTE III.

Del libro de la Madalena, y el estado segundo que tuvo de penitente, conforme á la letra del sagrado Evangelio.

Dicho habemos el estado primero de la Madalena, que es el que tuvo de pecadora, y á qué término la trujo la hermosura, libertad, riqueza y pocos años; resta agora que veamos cómo salió del pecado y hizo penitencia, para que entendamos que el Evangelista no nos contó su ruin vida para no mas que decilla, sino para alabanza suya, y para gloria del Hijo de Dios, que la perdonó, la lavó, y la amó tanto. Dice san Lucas.

## §. XV.

*Ut cognovit quod Jesus, etc.* Antes que pasemos adelante, será bien que veamos algo de los secretos maravillosos de la predestinacion de Dios, y esto en una palabra. Espanta ver cómo Dios llama y atrae á uno á sí, y á otro lo deja y aparta de sí; á uno saca de su pecado, y á otro le deja revolcar en él; á uno, de grandísimo pecador, lo hace santo; al otro de muchas virtudes y buena vida, al fin le deja y se condena; á un san Pablo, de corchete y porquero de la justicia, le hace

apóstol; y á Júdas, de apóstol, permite que pare en porqueron para prender á Cristo, y al cabo se ahorque. Pues diréisme que hay mas méritos en el uno para ser amado, y mas deméritos en el otro para ser aborrecido. Podría llevar eso algun camino si la predestinacion ó reprobacion la aguardase Dios para después de nacidos estos hombres, y mirando á sus obras, los predestinase; mas sale san Pablo escribiendo á los romanos, y dice: «Aun estaban Esaú y Jacob en las entrañas de Rebeca, aun no eran nacidos, aun no habían obrado mal ni bien; y con todo eso, porque se cumpliera el intento de Dios y la eleccion que habia hecho, no por sus obras, sino por sola la voluntad del que llama, que es Dios, se dijo: «El mayor servirá al menor, como está escrito: A Jacob amé, y Esaú áborrecí.» Añade luego san Pablo: «¿Qué dirémos á esto? ¿Por ventura que se muestra Dios apasionado? ¿Que hay maldad en Dios? No, no, á Moisen le dijo: Tendré misericordia del que me apiadare, y seré clemente para quien me pareciere. Luego no es del que corre ni del que quiere esta presa de la gloria, sino de aquel de quien Dios tiene misericordia.» El Apóstol teje una larga disputa con los romanos sobre averiguar este punto de honra, y abonar á Dios porque, desechando á su pueblo, habia admitido la gentilidad á su Iglesia. Y disputa galanamente cómo en hacello así, ni Dios queda por injusto, ni su pueblo puede quejarse de que se le hace agravio. A este propósito trae lo del ollero, á quien le es lícito hacer de su masa el vaso que le parece, y de una pellada hace un plato que sirva á la mesa y esté limpio en el aparador, y de la misma masa hace una olla que se entizne y queme al fuego en la cocina. Cierto está que esta masa toda es una; no vió el ollero mas méritos en el pedazo de que hizo el plato que en el que gastó en la olla, sino solo que quiso hacello así. Pues ¿podráse quejar la olla y acusar al alfarero porque la hizo para la cocina? Por cierto no. Luego mucho menos podrá quejarse el hombre de Dios porque no lo predestinó para el cielo. Y viéndose metido en este golfo y abismo, ya que le parece que ha perdido el pié y llega el agua al cielo, exclama: «¡Oh alteza de las riquezas, de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprendibles son sus juicios y qué dificultosos de hallar sus caminos!» Vánsenos de vuelo los juicios de Dios. De manera que se remite san Pablo á los consejos oscuros de Dios, cuya ciencia cerró para sí, y se nos alzó con la llave. Muchas pecadoras habia en Judea sin la Madalena, y á ninguna hizo la merced que á ella. Es lo que el Señor dijo á los judíos de Naaman Siro: «Muchos leprosos habia en Israel; mas ninguno sanó sino un gentil, y muchas viudas habia en tiempo de Elías, y á ninguna dellas fué enviado sino á la pobre Saretana.» Así que, espanta ver cuántos señores, cuántos ilustres habia en Jerusalem, cuántos doctores en la Sinagoga, cuántos pontífices en el templo, cuántos poderosos y ricos se paseaban por las plazas; qué de reyes, emperadores y príncipes tenia el mundo cuando nuestro Redentor se hizo hombre; y dejándolos á todos por lo que su Majestad se sa-

be, escoge doce pobres pescadores desharrapados, las heces y la vasura y escoria del mundo. Y destes doce, «escogidos á tajador» (que suelen decir), dados por su mano, criados á sus pechos, hechos á su doctrina, mantenidos á su mesa; el uno de ellos se lo vendimía el demonio en agraz, y dice el Señor: *Nonne duodecim vos elegi, et unus vestrum diabolus est?* Yo (dice) ¿no soy el que os escogí, y con todo eso, el uno de vosotros es un diablo? ¡Oh secretos grandes de tu profunda sabiduría, Dios mio y Señor mio, cómo hacen temblar al mas confiado y acobardan al mas animoso! Veo, Señor, que llamas á Salomon *tu regalo*, háceslo tesorero; tú de sabiduría mandas que te edifique un templo; y no lo llevas cuando te hace tales servicios, y llévasle cuando adora ídolos, cuando les edifica templos, cuando se casa con mujeres idólatras. Veo, Señor, á Júdas, que vuelve alegre con los demás discípulos, y dice: «Señor, en vuestro nombre aun los demonios nos obedecen;» y no le llevas cuando hace milagros, cuando dice con san Pedro: «¿Adónde irémos, Señor, que tienes palabras de vida?» Y aguardas y le arrebatas cuando te ha vendido y se ha echado en el infierno. Júdas cae del apostolado y se condena; y el ladron, boqueando en la horca, con la candelita en la mano para dar el alma, diciendo ya el acredo en este que tengo al lado, salva; Saul, que no habia mejor alma en todo el pueblo de Dios, elegido en rey de Israel, de pobre hijo de labrador, es desechado, y un Mateo, cambiador ó trampeador, es el escogido. ¿Qué son estos, Señor, sino piélagos inmensos de tu sabiduría, á do no es menester entrar si no nos queremos anegar? Es tu secreta predestinacion de las ovejas que tú dices por san Juan que nadie te las quitará de la mano. Acuérdomme que me contó un religioso siervo de Dios, que habia estado en la Nueva-España, un caso en que mucho se descubre la certeza de la predestinacion divina; y fué, que estando en un monasterio de nuestra sagrada religion, á dos ó tres leguas de allí, estaba una hija de un cacique, que es como un caballero que acá llamamos. Esta habia estado amancebada ocho ó nueve años; y como allá los religiosos son los curas, y andan á visitar los lugares y predicar en ellos, fué nuestro Señor servido de mover el corazon desta perdida moza. Y á cabo de pocos dias, que debió de tardar en hacer memoria de sus pecados, concierta con otras doncellas amigas suyas que se vayan holgando y tañendo sus adufes y panderos por una ribera abajo; y desta manera las llevó dos leguas que habia de donde partieron, hasta el monasterio donde este religioso vivia. Llegando allí, pide que se quiere confesar; y para esto sale este religioso. La mujer confesó muy por entero y con muchas lágrimas todos sus pecados; y habiéndola amonestado y corregido el confesor, y dádole penitencia y acetádola, acabando de absolvella, reclinó la cabeza sobre las rodillas del confesor, y da el alma á Dios y quedase muerta. ¡Oh buen Dios! y ¿qué secretos son estos tuyos? Dime, espantoso Dios, ¿qué te iba á tí en esta alma, que la esperaste ocho años, disimulabas sus pecados, dejábasla revolcar en un cieno de torpezas abominables, y haciaste ciego?

Y tú, Dios mio, con tu sabiduría aguardabas á poner tu mano en la cura, á sazón que fuese de mas provecho. Y al cabo, cuando á tí (Médico soberano) te pareció que era tiempo, la llevaste presa con un lazo de tu amor; y en oyendo el *Ego te absolvo*, como si tuvieras miedo de perdella otra vez, la arrebatas y das con ella en tu santa gloria; y veo por otra parte, Señor, que otros, después de muchos años de yermo, después de muchos ayunos y penitencias y soledad, los dejas por lo que tú, mi Dios, te sabes, y al cabo se condenan. ¡Qué diremos á esto, sino dar voces con san Pablo y decir: «Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprendibles son sus juicios, y qué dificultosos de hallar son sus caminos!» He dicho esto á propósito de la conversion de la gloriosa Madalena, que tuvo Dios por bien de hacelle esta merced tan particular, y dejó á otras muchas pecadoras en sus pecados; y desto lo mejor es, no buscar razon, sino reverenciar y adorar sus juicios. Una sola cosa diré, y es, que hallo una diferencia en los pecadores, que me parece que no puede nacer sino de la predestinacion; esto es, de ser el uno predestinado y el otro reprobado. Hallaréis unos pecadores que, aunque lo son, pero en medio de su mala vida, tienen un no sé qué, un resabio, un semblante de predestinados y de hijos de Dios, un respeto á la virtud, un asco al vicio, un pecar con miedo y andar amilanado, un aquesta vida no es para mí, no me crié yo en esto; al fin no parece que se les pega esto del pecar. Veréis otros pecadores tan de asiento, que pecan tan sin cuidado como si les fuese natural, gente que pecan á sueño suelto, tan desmedrosos para los vicios, que no aguardan á que los vicios los acometan á ellos; antes ellos les salen al camino y los acometen. Estos son de quien dijo Elifaz Temanites, el amigo del santo Job: *Qui bibunt quasi aquam iniquitatem*; que beben las maldades como si fuesen agua. Dijo muy bien. No dice que comen, porque parece que lo que se come cuesta algo de mascarse, y á lo menos repárase en el bocado; mas lo que se bebe pásase fácilmente y sin sentirlo. Pues esto quiere decir Elifaz, que hay unos pecadores que pecan comiendo los pecados, esto es, reparan en ellos y rumian en el mal que hacen y reparan en él; estos son los que decimos que se les trasluce en el rostro que deben de ser de los predestinados; mas hay otros que pecan tan sin asco y que se tragan los pecados sin mascar, como quien no hace nada, que parece que ya dan muestra de su perdicion. Acaece que un hijo de un noble se va de su tierra, y por algun desastre viene en tanta necesidad, que ha menester asentar con un villano para no morir de hambre; estará arando, y allí entre el arado y la azada y las herramientas del oficio bajo le echaréis de ver en el semblante que nació para mas de lo que tiene; y el otro hijo del villano, entre ellas mismas se halla tan bien que le conoceréis que se nació allí; y por el contrario, vestí de seda y bordados á un zafio, y parece que no le asientan los vestidos, ni nació para ello. Pues lo mismo que hallamos en la naturaleza, esto es, la misma diferencia se halla en las cosas de la gracia. Esto se echó

de ver muy bien en san Pedro, que aun entre los ministros de maldad tiene unos resabios del apostolado, donde se habia criado, que, negando que no conoce al Señor, jurando y perjurando, no halla en qué le crean. Oia la Madalena sermones de Cristo, que tenia palabras vivas, gustaba de seguirle, y por allí la saca Dios. No hay ninguno, por perdido que sea, que no le quede un resquicio por donde Dios le saque de la boca del demonio, si él quiere ayudarse. Quedóle á la Madalena, en medio de la perdicion, esto solo de aficionarse al predicar de Cristo, que tenia palabras encendidas: *Nonne verba mea sunt quasi ignis comburens, et quasi malleus conterens petras?* Dice el Señor por Jeremías: Mis palabras son como fuego, porque encienden los corazones, consumen todo lo terreno que tienen, y renuevan y apartan una alma y la acrisolan, y le gastan las heces y escoria de los vicios, «y son como maza de hierro, con que se desmenuzan y quebrantan los peñascos;» porque rompen los corazones de guijarro y berroqueños, y los deshacen en penitencia.

## §. XVI.

Mas, aunque me parece que para materia tan alta, y que el juicio humano barrunta tan poco della, bien bastaba lo dicho; con todo eso, son los gustos humanos tan mal contentadizos, que huelgan de escarvar, y si pudiesen llegar al cabo en las cosas en que ven mayor dificultad. Y no miran lo que allá dijo el otro:

*Dum petit infirmis nimium sublimia pennis  
Icarus, Icarus nomine fecit aquas.*

Que vuelto á nuestro lenguaje dice así:

Mientras con flacas alas alza el vuelo  
El mal regido jóven en su daño,  
Y con lacivo juego rompe el viento,  
Gozoso de cortar el trasparente  
Y lucido elemento de las aves;  
Algo mas confiado que debiera,  
Pasaba con un curso presturoso  
Sobre las puras ondas cristalinas,  
Que á la sazón estaban sosegadas.

Y mientras menos cauto se levanta,  
Imitando á la armigera guerrera  
Aguila, que los rayos le ministra  
A Júpiter airado allá en el cielo,  
A la region ardiente se acercaba,  
No hecha para trato de mortales.

El fuego comenzó á hacer su oficio,  
Y á derretir la cera mal segura;  
Y las ajenas plumas, desatadas,  
Cayeron esparcidas por las ondas.

Ya el miserable jóven sacudía  
Con desplumados brazos el delgado  
Elemento, y en vano procuraba  
Sustentar el pesado cuerpo en alto.

Al fin, cayendo en las profundas aguas,  
De ninfas y nereides recibido,  
Bajando á sus moradas cristalinas,  
En columnas de hielo sustentadas,  
Dió nuevo nombre al mar, y fué llamado  
*Icaro*, por ser *Icaro* su nombre  
Del mal logrado mozo.

Así les acaee á muchos, que, queriendo levantarse á la especulacion de las cosas soberanas, caen en muchos inconvenientes. Por eso aconsejaba Salomon: *Altiora te ne quaesieris, et fortiora te ne scrutatus fueris: sed quae praecepit tibi Deus, illa cogita semper, et in pluribus operibus ejus ne fueris curiosus*; No busques, hijo, ni te canses en escudriñar las cosas altas y que son mas fuertes que tú. Díjolo bien; porque, como dice Aristóteles, el sentido y lo sensible se han de proporcionar, y *excellens sensibile laedit sensum*. Si el objeto es fuerte, daña la potencia del sentido, como lo suele hacer el estruendo y furia de la artillería y los poderosos truenos, que dejan á un hombre sordo; tambien el sol deslumbra y daña la vista con la vehemencia de su resplandor. Así lo hace la gran luz divina, que encandila los ojos de nuestro entendimiento con la pujanza de sus rayos; y por eso dice el Sabio que no escudriñemos las cosas mas fuertes que nosotros; porque, *Qui scrutator est majestatis, opprimetur à gloria*; El que escudriña la majestad de Dios será oprimido con la demasiada gloria. Y con todo eso; los que han leído esto que hasta aquí he dicho de la predestinacion, no quedan contentos, y dícenme que diga esto mismo algo mas extendido y claro, de suerte que tengan algún consuelo los escrupulosos, que dan en un desatino de si están predestinados ó no. Y como nos dice san Pablo: *Gracis ac barbaris, sapientibus et insipientibus debitor sum*; Soy deudor, dice, á griegos y á bárbaros, á sabios y á ignorantes, para enseñarles á todos. Así, ya que no soy san Pablo ni tal que pueda enseñar á nadie, con todo eso, quiero condescender con lo que se me pide, y decir esto mas de propósito; aunque sé que después de muy dicho y muy pensado, tampoco quedarán contentos. Comencémoslo pues así: veamos qué razon hay para que á una Magdalena pecadora, infame, perdida y sin nombre, la traya Dios á sí, la llame, la lave, la alabe y justifique, le dé la gracia y la salve, y deje á otras mujeres, que habria entonces y hay agora, menos ruines, no tan profanas, mas honestas, y que han pecado harto menos. Porque, siendo las unas y las otras pecadoras, y por la misma razon todas enemigas, y que la justificacion no se puede merecer por algunas obras; porque, como dice san Pablo: «Si por las obras se justificase alguno, ya entonces la gracia dejaria de serlo;» y en otro lugar: «Al que obra, dice san Pablo, el salario que se le da por la tal obra, no decimos que se lo dan de gracia, sino de justicia, y que es deuda que se le debe.» Usó aquí el Apóstol de la fuerza deste término, *gracia*, como si dijera de balde y sin merecello. Como decimos: «Hanme dado esta pieza de balde, porque no me han llevado nada por ella.» Y no toma este término por alguna calidad positiva que se llama *gracia*. Pues si la gracia con que se habian de justificar las pecadoras de quien hablamos no se puede merecer, y tan poco mérito tenia la Magdalena como las otras, y por ventura menos, antes ninguno y muchos mas deméritos, ¿qué es la razon que la atrae y la justifica Dios, y se deja á las otras? Y ¿por qué salva á un ladron que está

ya boqueando para espirar y con la candela en la mano, diciendo el «credo en este que tengo al lado», y de la horca da consigo de piés en la gloria, y á Júdas le condena, y de la mesa da en la horca, y del apostolado para en el infierno?

Para este secreto tan alto digo que lo pudiera tratar como lo platican los teólogos en las escuelas; mas fuera cosa prolija y oscura, y no buena para andar en manos del vulgo. Y así, no trataré aquí de la predestinacion ni reprobacion que Dios hace de los hombres, sino solo de la justificacion y del dejar á uno en su pecado; y esto, con la modestia que se debe á misterios que con su carga han hecho gemir á bravos gigantes debajo de su peso, y muchos sabios y doctores famosos han sudado con la gran carga; y en pocas ó en ninguna parte se yerra con mas peligro. Digo pues que todos los santos doctores concuerdan en que Dios por su mera y libre voluntad determinó de salvar hombres y de dales los medios necesarios para conseguir este tal fin de salvarse. Y para esto no tuvo respeto á los méritos ni á las obras de alguno dellos, sino que por eso dijo san Pablo: «Dios quiere que todos los hombres se salven;» porque no es envidioso, y no parece que era conforme á la buena condicion y gran piedad de Dios criar algunos, no á fin de salvarlos, sino de reprobarlos, sin haber en los unos mas méritos ó deméritos que en los otros, y dar ser á quien no lo tiene para de intento condenarle; con que dice el mismo Señor en el Evangelio que «le fuera mejor á Júdas nunca haber nacido, que ser y condenarse». Parece crueldad, y que puede decir á Dios: Señor, ¿qué os habia yo hecho para que antes que viésedes pecados en mí, dijésedes: Este quiero para el infierno? Lo cual no se ha de pensar de la infinita bondad y piedad suya, que es mas pronto para perdonar que para castigar, aun después de ofendido, cuanto mas antes de ofendelle. Ahí pecaréis uno y muchos pecados, un año y otro, y hay paciencia en Dios y espera para eso y esotro; pues ¿cómo me querrá señalar para el fuego, sin habérselo merecido? Y si determina de condenarme, es porque ve en mí una final impenitencia que yo le pondré, con la cual le impediré la infusion de la gracia final que me habia de dar para salvarme. Porque, como dice mi padre san Agustin: «Dios no mira cuáles somos agora, sino cuáles serémos al fin de la vida; porque, cuáles entonces nos hallare, tales nos juzgará;» como dice la regla de las leyes, que sial fraile le hallan en hábito de soldado, por soldado lo cuenta la ley. Anteviendo Dios que Júdas al cabo de la vida no habia de admitir la gracia ni ablandarse con aquella dulcísima y quejosa palabra del mansísimo cordero la noche de su pasion, cuando, besándole en el rostro, le dijo: «Amigo, ¿á qué viniste?» Y luego á Júdas: «¡Qué! ¿Con un beso de paz vendes al Hijo del hombre?» Viendo Dios esta su final impenitencia, y que habia de morir en ella y de su voluntad, escogiendo una horca en que acabase, por esto le reprobó; porque, como habemos dicho, mira solamente á lo que serémos al cabo de la vida. Por esto en el Evangelio nos manda con tanto cuidado «que

velemos, que no nos durmamos, que estemos faldas en cinta». Así nos lo aconseja y aun manda por san Lúcas, diciendo: «Mirá que andeis ceñidos, ponéos los cintos;» como si nos dijera mas claro: «Mirá que est tiempo de guerra,» y que *militia est vita hominis super terram*. La vida del hombre no es otra cosa sino una continua batalla que tenemos mientras vivimos, y se acaba con la muerte; el campo donde se da es este mundo, los soldados son todos los hombres, los enemigos son los vicios y el demonio, mundo y carne; lo que se conquista es el cielo, y quien le gana es el que pelea como valiente. Pues el soldado no peleará bien con faldas largas; por eso mandaba el Señor dejar la hacienda, la honra, los hijos, la mujer, el padre, madre, hermanos y aun á nosotros mismos; porque, ¿qué otra cosa son las que habemos nombrado, sino faldas que nos vamos pisando, y que nos arrastran y embarazan para la batalla? Y de aquí nace que, así como el soldado que mas larga ropa llevase menos bien pelearia y menos correria, y mas ligeramente tropezaria y caeria, y le matarian sus enemigos, y por el contrario, el mas faldicorto estaria mas desembarazado y suelto, y pelearia mejor y venceria con mayor presteza; así, ni mas ni menos, los ricos y poderosos, como van cargados de faldas de hacienda, de estados, de honra y ambicion y de muchos contentos, cuando quieren arremeter á la batalla písanse la falda larga de la hacienda, y háceles dar de narices en la avaricia; y el otro tropieza en la falda de los hijos, y cae de ojos en la tiranía por dejar á sus hijos en estado y grandeza, y así de todo lo demás; pero el pobre tiene cercenadas las faldas, sin hacienda, sin amigos, sin ambicion y sin estado; corre, pelea, vuela y pasa por las cosas de la vida, triunfando del mundo y de cuantos hay en él. Por esto dice Cristo: *Sint lumbi vestri praecincti*; Mirá que andeis bien ceñidos. Y es lo mismo que si dijera: Mirá que profeséis la milicia, pues el soldado no ha de dejar las armas mientras dura la batalla. Tomó el Señor la metáfora de lo que entonces se acostumbraba en la guerra, que los que se asentaban debajo de bandera, así como agora los españoles traen la banda de carmesí y los franceses la blanca, y conocemos en su traje que son soldados, así entonces se echaban ó ceñian el *balteo militar*, que llamamos el cinto ó taheli, en señal que profesaban las armas y tiraban sueldo del emperador romano ó de otro rey. Y cuando ya cansados de la milicia, que se habian envejecido en ella, querian retirarse en su rincón y descansar en su vejez, desceñíanse el cinto ó taheli en señal que renunciaban á la milicia y armas, y quedaban libres del homenaje que prometian al capitán cuando se ceñian. A este talle dice Cristo que nos ceñiamos, esto es, que profesemos la guerra. Y así como sería traicion que estándose dando la batalla el soldado se sentase muy despacio y arrojase las armas y se echase á dormir sobre ellas; así, lo es mucho mayor que mientras dura la guerra desta vida, el cristiano arroje las armas de su pelea y se duerma en el camino de la penitencia. Y como merecia gran castigo el soldado que á lo mejor y mas fuerte de

la batalla, y cuando mas sangre se derrama y mas gente cae de entrambas partes, entonces llegase él al capitán que está lleno de sudor y polvo y sangre, y se desceñiese el cinto y le dijese: Señor, tomad vuestro taheli que me distes, que no le quiero, y levantadme el homenaje que os hice; y diciendo y haciendo se desceñiese; así tambien el que, viendo á su capitán Cristo en una cruz, sudando, cansado, sangriento y muriendo, llegase á no querer pelear y se desceñiese, esto es, no siguiése á Cristo, este tal es digno de grandísimo castigo. Pues porque no se llegue á tan descuidado término nos manda el Señor estar siempre ceñidos, y da la razon, diciendo: Bienaventurado el soldado que cuando el capitán mandare tocar á retirar, que ya es acabada la batalla, le hallare ceñido, esto es, peleando y con armas en las manos; porque, como le ha de juzgar como le hallare al punto último, si le hallare ceñido darle ha el triunfo y el premio del vencimiento; pero si dormido y desceñido, castigalle ha como á mal soldado, porque dejó el cinto antes de acabar la guerra. En el tercero libro de los *Reyes* se descubre cómo ceñir y desceñir el taheli ó cinto, que en latin se llama *balteus militaris*, era propio de soldados, y que el ceñille era profesar la milicia, y el desceñille era después de acabada la guerra. Cuenta la Escritura que Benadab, rey de Siria, determinado de hacer guerra á Acabel maldito, rey de Israel, hizo un poderosísimo ejército; llevaba consigo otros treinta y dos reyes, que no se ha de entender que lo fuesen como lo son los de agora, pues poca tierra era la que tenian para tanto rey, y allende deso, no es conforme á razon que tantos reyes se moviesen de sus reinos á acompañar á uno solo; sino que eran señores libres, como son los de Alemania y Italia. Y desta manera se entienden los treinta y uno que mató Josué en la conquista de la tierra de promision; porque toda ella junta, cuanta todos los treinta y uno señoreaaban, apenas hacia un buen reino. Pues dice fray Brocardo, teutónico, el cual paseó la tierra de promision diez años y escribió en ella el año de 1383, que su anchura es desde el Jordan al mar Mediterráneo, por veinte y seis leguas; su largura desde Dan, junto á las raíces del monte Líbano, cabe Cesárea de Filipo, hasta Bersabé, que es Giblin, hácia el ábrego, tiene ciento y veinte leguas; esta es la que se llama «tierra de Canaan». Verdad es que las dos tribus, la de Ruben y la de Gad y la media de Manasés, que fueron las que rogaron á Moisen que les diese en suerte la tierra que estaba antes de pasar el Jordan, por ser buena para ganados y por tener ellos muchos; esta tierra que estas dos tribus y media ocupaban no entra en la que habemos dicho de las ciento y veinte leguas ni en lo que se llamaba tierra de Canaan, y tenia de largo veinte y siete leguas. Y dice fray Brocardo que no sabia que tan ancha fuese. De suerte que, ayuntado lo largo de toda junta, eran ciento y cuarenta y siete leguas, que apenas hacen un mediano reino; y así, se entenderá que eran señorcetes, y no reyes como los de agora, sino como los duques y condes y marqueses de agora. Tam-

bien habemos de decir lo mismo de los santos reyes Magos, los cuales, según la larga tradición que tenemos, y según lo que los santos antiguos y la Iglesia canta y los pintores señalan, los llamamos *reyes*. Digo que no lo fueron, sino señores libres, que los persas, donde por ventura había muchos así, y los caldeos llamaban *sátrapas*. Y no es menester tomar tan en su rigor este nombre de *rey* para los Magos, ni matarse mucho para averiguar si lo fueron ó no. Volvamos agora á nuestro primer propósito. Digo que el rey de Siria vino sobre la ciudad de Samaria, cabeza del reino de Israel, con un grueso ejército y con treinta y dos señores que le acompañaban. Llegado y asentado su real, despachó un trompeta á Acab, rey de Israel, que llegando le dijo: «El rey de Siria, mi señor, dice que bien sabeis que el oro y plata y dinero que teneis en vuestra casa, y vuestras mujeres y hijos y todo lo demás es suyo y se lo debéis de derecho; y así, quiere que sepais que mañana enviará sus criados, y entregaldes vos todo lo que teneis en vuestra casa para que ellos escojan lo que mejor les pareciere, y lo lleven al Rey mi señor.» Turbóse bravamente el pobre de Acab, volvióse á los caballeros que allí estaban, y dijoles: «Mirad, por vuestra vida, qué achaques busca el rey Benadab contra mí, que envía por mis hijos y mujeres y por mi hacienda. Ved qué os parece que le responda.» Concluyóse entre todos los del consejo que la respuesta fuese así: «Andad, decid al Rey que se acuerde del refrán que dice: No se jacte tanto el que se ciñe el tahel como el que se le descíñe. Hé aquí lo que buscábamos.» Quiso decirle: No cante la gala antes de la vitoria, no se glorie el que ha de dar la batalla como lo haría el que ya la hubiese vencido; porque los sucesos de la guerra son inciertos, y podría sucedelle «el sueño del perro». Hé aquí cómo por el *ceñido* se entiende el que pelea, y por el *desceñido* el que ya ha alzado la mano de las armas. Y hé aquí cómo nos quiere dar á entender Cristo que, pues en este mundo siempre hay guerra, que siempre peleemos y trayamos las armas en las manos.

## §. XVII.

Bien sé que también quiere decir que nos pongamos en traje de caminantes, pues es así que no tenemos aquí ciudad cuya vivienda sea perpétua, antes vamos buscando la del cielo, como lo dice el Apóstol. Y así, dice el mismo de los padres antiguos que los traía Dios peregrinando en señal de que eran huéspedes y peregrinos sobre la tierra, que caminaban á la patria verdadera. Así, cuando quiso sacar Dios á los hijos de Israel de Egipto, mandóles aquella noche, antes de la salida, que comiesen el cordero en pié, con báculos en las manos, las faldas en la cinta, calzados y puestos á punto, como gente que se había de partir y caminar á la tierra de promisión; pues este mismo apercebimiento quiere Cristo que tenga el cristiano, y que siempre esté en vela, porque no sabe en qué punto le tocarán al arma y á la puerta y vendrá el Señor á pedirle cuenta de la vida. Y dícelo por esta metáfora de

estar ceñidos», como si dijese: Mirá que no os durmais, no os echéis á dormir, estad siempre en vela. Y que quiere decir esto vese porque el que tiene puesta la pretina, vestido está del todo. Y dice luego: «Dichoso aquel á quien hallare el Señor velando, que así lo juzgará cual lo hallare en aquel punto.»

## §. XVIII.

Volviendo pues á nuestro propósito, decíamos que Dios, sin tener respeto á méritos, quiso salvar hombres y darles su gracia y su gloria; mas á nadie condenar sin culpa. Así de nuestra perdición á nosotros nos carga Dios la culpa por el profeta Oséas, diciendo: «Tu perdición, Israel, solamente te nace de tí mismo, tú te tomas el daño por tu mano, tú vuelves contra tí el cuchillo; mas el favor y socorro y la salvación, de mí te ha de venir.» Y si sin culpa me condenase, no podría decirnos que de nosotros nos viene; antes le pudiéramos decir: Por cierto, Señor, que no nos viene sino de vos, pues sin ocasión non hecistes para el infierno. Así dicen muchos de los teólogos, preguntando que cuál es la causa verdadera de nuestra condenación y reprobación, por la cual nos desecha Dios. Responden que no es solo el pecado original; porque, según eso, pues todos nacen con él, todos serían reprobados y se condenarían; ni tampoco los pecados contraídos con el original; porque, á ser esa la causa, no fuera predestinado san Pedro ni David ni san Pablo, pues nacieron con el pecado original y tuvieron otros actuales, sin él; sino dicen que los pecados, juntamente con la voluntad de Dios, esa es la verdadera causa de nuestro infierno. Y decláranlo así: Peca Júdas, y Cain y Esaú y san Pedro y David y Aaron; todos estos seis están en pecado y son iguales en ser deudores á un mismo señor y acreedor, que es Dios; ya estos merecen el infierno por sus pecados. Dios, como señor y como á quien todos deben, y como quien de su hacienda puede hacer lo que fuere servido, sin que nadie le pida cuenta de las obras de su voluntad, y sin que su majestad esté obligado á darla, dice: Yo quiero destes seis, que los tres me paguen, y á los otros tres les quiero remitir la deuda. Yo quiero hacer misericordia con los unos, y no con los otros, pues á nadie la debo. Dios entonces con los unos se muestra misericordioso, con los otros justiciero, y con ninguno apasionado; así como vos con vuestros deudores lo podríades hacer, que aunque perdoneis á los unos y cobreis de los otros, no se pueden quejar de vos, pues al fin os deben vuestra hacienda, y della podeis hacer vuestro gusto. Hé aquí cómo este no acudir Dios á hacer misericordia con Júdas, juntamente con sus pecados, dicen los teólogos que es la total y verdadera causa de su reprobación ó condenación; y si alguno dijere que en alguna manera parece Dios aceptador de personas, pues siendo todos obligados á la misma deuda, la perdona á los unos y tiene misericordia dellos, y la ejecuta en los otros hasta la última blanca; á este tal respóndale san Pablo por mí, que, escribiendo á los romanos, dice: «Oh hombre, y ¿quién eres tú, que te atreves á respon-

der á Dios? ¿Por ventura dirá la olla al alfarero: Por qué me hicistes olla, y no fuente?» ¿No tiene por ventura poder el ollero de hacer de su barro un vaso para honra y para que sirva á la mesa, y otro para afrenta, esto es para que se queme en la cocina, y sirva de oficios viles? Sí por cierto; pues ¿cuánto mas lo podrá hacer Dios? Añade luego el Apóstol: «Y queriendo Dios mostrar su ira (que aquí se toma por venganza) y manifestar su gran potencia, sufrió en mucha paciencia los vasos de ira acomodados para la perdición, por mostrar así las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia que preparó para la gloria, etc.» Deste lugar de san Pablo se nos pone entredicho para disputar semejantes cuestiones; porque, ¿quién eres tú, que te pongas en cuentas con Dios? ¿Ha partido por ventura contigo el imperio? Hate hecho su consultor? Calla, teme, reverencia los profundos secretos de Dios. Solo te digo, para tu consuelo, que adviertas este lugar, en el cual de callada san Pablo nos da gran ánimo para esperar nuestra salvación, que por sola nuestra culpa nos condenaríamos; porque dice que, queriendo mostrar su ira, que se toma por venganza, y en Dios al efecto llamamos con el nombre de su causa. Y así como cuando tenemos ira contra quien nos injurió, nos vengamos si podemos, y la venganza es el efecto de la pasión de la ira que tenemos; así ni mas ni menos, cuando Dios castiga y venga en nosotros las ofensas hechas á su majestad, decimos que se enoja y que tiene ira, con no haber en Dios estas pasiones. De manera que dice que quiso mostrar el rigor de su castigo. Luego síguese que presupone culpa en el castigado; y esta culpa es el pecado, que decimos que se supone para la condenación de Júdas. Dice mas, que sufre con gran paciencia los vasos dispuestos para perdición; no dice que Dios los dispuso, sino que ellos por sus pecados se hicieron aptos para ello. Que parece que siempre san Pablo va sacando á Dios de sospecha de apasionado por alguno, y que siempre va cargando la culpa en el que se condena; y por eso lo espera con tan larga paciencia, como para mostralle que hace Dios lo que es de su parte para que el pecador se vuelva y se convierta, se emiende y haga penitencia, y no lo obligue á que ejecute en él el rigor de su justicia. Por esto esperó á Faraon tantos compases, le dió tan de espacio las plagas y los azotes, que comenzaron en junio (según los hebreos) y se acabaron en marzo, que son diez meses, cada mes la suya; y dicen que esto fué porque solo otros diez meses duró el ahogar los egipcios á los niños hebreos; y así, los azotó diez meses, dándoles la pena del talion; y que desde Moises ninguno fue ahogado después de allí adelante. Y lleva mucho camino, que duró muy poco y murieron pocos, pues tan crecidos y numerosos estaban cuando salieron de Egipto, y iban bien cargados de hijos. Y cuando san Pablo en el lugar de arriba habla de los vasos escogidos con quien usó de misericordia, dice que Dios los dispuso y aparejó, que parece que clarísimamente nos advierte que para salvar y predestinar á los que quiso y á aquellos con quien

le pareció hacer misericordia, no tuvo cuenta con méritos, sino él lo quiso y lo hizo y lo trazó así, sin que el hombre pusiese nada de su parte; mas cuando habla de los malos, no dice que Dios los dispuso ni dedicó para el infierno, sino que ellos por sus pecados y con sus ruines obras se fueron secando y tostado para arder en el fuego. Llama también á los buenos «muestra de las riquezas de la gloria de Dios», y que en ellos la manifiesta, y toma aquí *gloria* por *misericordia*; porque la mayor alabanza de Dios le nace de las misericordias que hace con los miserables de los hombres.

## §. XIX.

Todavía queda una manera de escrúpulo acerca de lo dicho, y es, que si el ollero puede hacer de su barro lo que quiere, y mucho mejor Dios de sus criaturas, al fin la olla no es capaz de honra ni le duele el quemarse, ni fué jamás ordenada para otro mas honrado oficio, ni podía servir para otra cosa, y al fin, que se pierda ó se gane importa poco; mas el hombre es capaz de honra, y puede hacerse del lo que Dios quisiere; y si lo quiero para el cielo, es propio para allá; si para que le alabe, hacerlo ha bien; si para que le ame, hállaselo hecho; pues ¿por qué querrá sin mas, echar á perder á este tan noble y tan honrado animal? Que, según san Pablo, parece que quiere los hace ollas para la cocina del infierno, y tras esto, os pone una mordaza en la lengua, con que os quita la licencia de quejaros. A esto digo que no hay por qué desanimarnos por lo que aquí dice san Pablo, que podría ser que el Apóstol hiciese aquí esta conseqüencia: Si el vaso, que no es capaz de honra ni de afrenta, no siendo racional, ni es sujeto de deleite ni de pena ó tristeza, pues carece de todo sentido, no se puede quejar que lo haya hecho el ollero vaso para el fuego, ¿de qué manera se podrá quejar el hombre, que tiene el uso del entendimiento y de la razón, y le ha hecho Dios señor de sus acciones y con franco albedrío, y le ha dado los medios para alcanzar la gracia y para con ella salvarse, si pudiendo no quiso usar bien de todo esto que Dios le dió, y por su mera y libre voluntad se condena? ¿Cómo podrá este tal decirle á Dios: «Señor ¿por qué me hecistes para que me condenase?» pues estuvo en su mano el salvarse y no quiso; si ni aun el vaso lo puede decir, con habello hecho determinadamente para el fuego, sin tener libertad para escapar del? De manera que, resumiendo toda la razón, es esta: si el vaso, que, hecho una vez olla, no puede mas hacerse fuente, no se puede quejar del que le hizo, ¿cómo se podrá quejar el hombre, que está en su mano, de vaso de afrenta, hacerse de honra, admitiendo la gracia y llamamientos divinos? Pienso que este sentido y declaración es pegadísima á este lugar y al intento de san Pablo, que no se puede quejar el pecador de que le condenan; pues no lo hizo Dios para que se condenase, sino para que se salvase; sino que él por su culpa se condenó y se hizo vaso de ira.